

C

Columna



Izaskun Álvarez-Aguado
Académica UDLA e investigadora MICARE



Vanessa Vega
Académica PUCV e investigadora MICARE

Cuando el estigma entra a la universidad

En el Mes de la Discapacidad conviene detenernos en una realidad que suele pasar desapercibida. En la educación superior, muchas de las barreras más difíciles no están en los contenidos ni en las evaluaciones. Están en la manera en que miramos, interpretamos y anticipamos a quienes aprenden de formas distintas. Ese terreno silencioso es el que sostiene el estigma, una fuerza que modela expectativas y afecta trayectorias sin necesidad de declararse en ninguna parte.

El estigma se cuela en gestos pequeños. En el profesor que duda de la capacidad de un estudiante antes de conocer su trabajo. En la compañera que dirige la conversación a la intérprete en lugar de a la persona sorda. En la idea instalada de que los apoyos académicos disminuyen exigencias o alteran la competencia. Son situaciones breves, difíciles de nombrar, pero suficientes para que un campus se viva como un espacio donde la pertenencia siempre está en juego.

Quienes estudian con discapacidad lo expresan con claridad. Dicen que lo más pesado no es la discapacidad en sí, sino el trato diferenciado, la infantilización o la constante sospecha de incapacidad. Muchos sienten que deben rendir examen permanente para demostrar que merecen estar donde están. Otros relatan que cualquier error se interpreta como una confirmación de prejuicios. La universidad, que promete ampliar horizontes, se trans-

forma entonces en un lugar donde cada gesto parece pedir explicación adicional.

No se trata de mala intención. Se trata de una cultura académica que aún se sostiene en un ideal rígido de excelencia. Un ideal que valora la rapidez, la uniformidad y la adaptación perfecta al formato estándar, sin preguntarse si ese formato fue diseñado para la diversidad real de quienes llegan a estudiar. La inclusión deja de ser un añadido y se convierte en una revisión profunda del modo en que construimos nuestras prácticas docentes y administrativas.

En este mes la invitación es a pensar con honestidad. A revisar cómo enseñamos, cómo evaluamos y cómo recibimos a quienes necesitan apoyos. A abandonar la idea de que la inclusión es un favor y asumir que es parte del compromiso universitario con el conocimiento y la equidad. A reconocer que el estigma no desaparece por decreto; se desmonta con cambios concretos en la forma de relacionarnos y en la manera en que interpretamos la diversidad.

Cuando la universidad cuestiona sus propias inercias, algo importante ocurre. Mejora la experiencia de quienes enfrentan barreras y también amplía las posibilidades de aprendizaje para toda la comunidad. Enseña que participar plenamente no debería ser una excepción ni un privilegio. Debería ser la base sobre la cual construimos una educación verdaderamente transformadora.